

LA SERPIENTE BLANCA


Hermanos Grimm

Hace mucho tiempo vivía un rey célebre por su sabiduría en todo el país. Nada había que escapase a su conocimiento y era como si las noticias de las cosas más secretas le llegaran transmitidas por el aire. Sin embargo, tenía este rey una extraña costumbre. Todos los días, una vez que le habían recogido la mesa y no había nadie ya presente en el salón, un fiel servidor debía traerle una fuente, que estaba siempre tapada. El mismo criado ignoraba cuál era su contenido, y tampoco lo sabía nadie más, pues el rey no la destapaba ni comía de ella mientras no se encontrara completamente solo.

Esto duró un largo tiempo, hasta que un día al servidor que retiraba todos los días la fuente le entró tal curiosidad, que no pudo resistir y llevó la fuente a su cuarto. Cuando hubo cerrado la puerta cuidadosamente, levantó la tapa y vio que había una serpiente blanca. Al verla no pudo reprimir sus ganas de probarla, y tras cortar un trocito se lo metió en la boca. Apenas había rozado sus labios la blanca carne cuando el servidor oyó junto a su ventana un singular cuchicheo de finas voces. Se acercó a escuchar y se dio cuenta de que eran gorriones que conversaban entre sí, contándose todo lo que habían visto ese día en el



campo y en el bosque. Probar la carne de la serpiente le había otorgado la capacidad de entender el lenguaje de los animales.

Sucedió que precisamente aquel día había extraviado la reina su más hermoso anillo, y fue sobre este fiel sirviente —que tenía acceso a todas las estancias del palacio— que cayó la sospecha de haberlo robado. El rey le ordenó venir a su presencia y con bruscos improperios lo amenazó: si en el plazo de un día no descubría quién era el autor del robo, sería considerado culpable y juzgado en consecuencia. De nada le sirvió asegurar su inocencia, y fue despedido sin más contemplaciones. Movido por el miedo y la inquietud, salió al patio para cavilar sobre un modo de salir de tan penosa situación. Cerca se encontraban los patos, reposando en las tranquilas aguas de una fuente mientras se alisaban las plumas y parecían mantener una conversación confidencial. El servidor se detuvo y los escuchó atentamente. Hablaban de los lugares por donde habían estado paseando aquella mañana y del buen pasto que habían encontrado; de pronto dijo uno de ellos, malhumorado:

—Tengo el estómago pesado, pues en mi precipitación me he tragado un anillo caído bajo la ventana de la reina.



Sin pensarlo dos veces, el sirviente lo agarró velozmente por el cuello, lo llevó a la cocina y le dijo al cocinero:

—Degüéllalo, que ya está muy bien cebado.

—Sí —dijo el cocinero, y lo pesó en la mano—. No ha escatimado esfuerzos para engordar y hace mucho tiempo que debería haber sido asado.

Le cortó el cuello, y cuando lo limpiaron se encontró el anillo de la reina en su estómago.

Así pudo el sirviente demostrar sin dificultad su inocencia al rey, y como éste deseaba reparar su injusticia, le permitió que pidiera una gracia y le prometió el más alto puesto de honor que quisiera en la corte.

El sirviente rechazó todos los honores y pidió solamente un caballo y dinero para viajar, puesto que era su deseo ver el mundo y vagar durante algún tiempo de un lado a otro. Apenas fue satisfecha su petición, se puso en camino. Llegó un día a orillas de un estanque en cuyas aguas vio que tres peces habían quedado aprisionados en un junco y luchaban por zafarse y volver a sumergirse. Aunque se dice que los peces son mudos, pudo oírlos quejarse ante la perspectiva de morir de modo tan lamentable. Como era un hombre de corazón compasivo, se bajó del caballo y empujándolos suavemente los echó de nuevo al agua. Se agitaron los peces llenos de alegría, asomaron la cabeza fuera y le gritaron:

—¡Nos acordaremos de ti y te recompensaremos por habernos salvado!

Siguió cabalgando el sirviente, y al cabo de un rato le pareció que en la arena a sus pies se oía una voz. Escuchó y pudo enterarse de cómo el rey de las hormigas se lamentaba:

—Ojalá los hombres y sus torpes animales permanecieran lejos de nosotros... Aquí viene uno y su estúpido caballo pisotea con sus cascos a mi gente, sin compasión.

El se apartó a un camino lateral y el rey de las hormigas le gritó:

—¡Nos acordaremos de ti y te recompensaremos!

El camino lo condujo luego a un bosque, y allí vio a una pareja de cuervos, marido y mujer, que estaban junto a su nido y arrojaban fuera a sus propias crías:

—¡Fuera de aquí, pícaros de la horca! —gritaban—. No podemos alimentarlos más, pues ya habéis crecido lo suficiente para buscar solos vuestro sustento.

Las pobres crías habían caído al suelo, aleteando y batiendo las alas mientras gritaban:

—¿Cómo vamos a alimentarnos si no sabemos ni siquiera volar? Somos crías indefensas y tan sólo nos queda morir de hambre en este lugar.

Ante esto, el bondadoso joven se apeó del caballo, lo mató con su espada y se lo dejó como alimento a los cuervos. Estos se aproximaron dando saltos, saciaron su hambre y gritaron:

—¡Nos acordaremos de ti y te recompensaremos!

Ahora tenía que utilizar sus piernas, y cuando tras mucho caminar llegó a una gran ciudad, vio que en ella había un gran alboroto y muchísima gente que se agolpaba en las calles. Apareció un heraldo a caballo y anunció públicamente que la hija del rey buscaba un esposo. Quien se propusiera cortejarla debía llevar a cabo una difícil tarea, y si no conseguía cumplirla felizmente había de pagar con su vida. Muchos ya lo habían intentado, poniendo en vano su vida en juego. No bien hubo visto a la hija del rey, el joven se quedó tan prendado de su belleza que, olvidando todo riesgo, se presentó ante el rey y solicitó su mano.

Fue llevado inmediatamente junto al mar, donde ante sus ojos lanzaron un anillo de oro en medio de las olas. El rey le exigió entonces que recobrara el anillo hundido en las profundidades del mar, y añadió:

—Si vuelves a la superficie sin él, serás lanzado de nuevo hasta que perezcas ahogado bajo las olas.

Todos los presentes sintieron lástima por el hermoso joven y lo dejaron solo junto al mar.

De pie en la orilla, reflexionaba sobre qué podía hacer. De pronto vio a tres peces que nadaban en dirección a él, y que no eran sino aquellos tres a los que él mismo había salvado la vida.

El del medio llevaba en la boca una concha que depositó en la playa a los pies del joven, y cuando éste la levantó y la abrió, vio que el anillo estaba en ella. Lleno de alegría se lo llevó al rey, esperando la recompensa prometida. Pero cuando la orgullosa hija del rey supo que el pretendiente no era de su misma clase, lo despreció y le exigió realizar una segunda tarea. Descendió al jardín y esparció ella misma diez sacos llenos de mijo por el césped.

—Tienen que estar recogidos para mañana, antes de que salga el sol.

El joven se sentó en el jardín, meditando en el modo de llevar a cabo esta tarea, pero al no poder hallar una



solución se quedó allí esperando la llegada del día para ser conducido a la muerte. Pero cuando los primeros rayos de sol iluminaron el jardín, vio que los diez sacos estaban otra vez llenos, uno al lado del otro, sin que faltase ni un solo grano. El rey de las hormigas había acudido con sus miles y miles de hormigas, y los agradecidos animalitos habían recolectado el mijo con gran laboriosidad y lo habían metido en los sacos. La hija del rey bajó ella misma al jardín y sin salir de su asombro comprobó que el joven había llevado a cabo la tarea encomendada. Pero no estaba todavía dispuesta a sojuzgar su orgulloso corazón, y dijo:

—Ha realizado las dos tareas, pero no será mi esposo mientras no me traiga una manzana del árbol de la vida.

El joven no sabía dónde se encontraba el árbol de la vida. Se puso en camino con la intención de seguir andando mientras sus piernas lo resistiesen, pero no abrigaba la menor esperanza de encontrarlo. Luego de haber peregrinado por tres reinos, llegó por la noche a un bosque, se sentó debajo de un árbol e intentó dormir. Oyó en las ramas un ruido, y una manzana dorada cayó en su mano. Al mismo tiempo, tres cuervos descendieron hasta él, se posaron en su rodilla y le dijeron:

—Somos las tres crías de cuervo que tú salvaste de morir de hambre. Ya crecidos, oímos que buscabas la dorada manzana, y fuimos entonces volando a través del mar hasta los confines de la tierra, allí donde está el árbol de la vida, y hemos traído la manzana para ti.

Lleno de gozo emprendió el joven la vuelta y llevó la manzana dorada a la hermosa hija del rey, que ya no pudo esgrimir excusa alguna. Se dividieron la manzana de la vida y la comieron juntos, tras lo cual el corazón de la muchacha

se llenó del más ardiente amor. Y ambos alcanzaron la vejez luego de una vida feliz y sin contratiempos.

